

La motivación económica: determinismo y libertad

ABELARDO PITHOD

Utilizamos aquí el término motivación en el sentido de “moral” que alude a la fuerza de ánimo, por ejemplo en la expresión “moral del soldado”. Al aplicarlo a la economía nos referimos al vigor de la actitud y la decisión en la acción económica. También en este caso el agente sostiene su actividad en una fuerza “moral”, no importa por ahora cuán espontánea o compulsiva, ni cuánta o con qué constancia.

La “moral” o motivación en la teoría económica clásica

Es conocido que los teóricos de la economía llamados clásicos y sus epígonos, incluso aquellos inesperados como los marxistas, *postulan* (en el sentido propio del término, es decir, suponen) que la “moral” económica es una suerte de constante. En sus análisis es asumida como lo que hoy llamaríamos un parámetro. Se daba por supuesto que la acción económica (moderna al menos) tiende de suyo a un cierto máximo. Si tal tendencia se ve reducida *en acto* es debido a algún factor exógeno. Tal era la *invariante* de la que se partía. Los agentes (y los sistemas económicos resultantes) tenderían a actuar de un modo virtualmente constante: buscando la maximización. El *homo oeconomicus* poseería un “ardor” supuestamente inalterable en maximizar sus ganancias y la satisfacción de sus necesidades¹.

Se suponía, pues, que las empresas ope-

ran al máximo de sus capacidades o “lo mejor que pueden”, sea lo que fuere que consideren ser ese “mejor”. El supuesto se generalizó, abstracción hecha de que la maximización postulada se refiera a “las ganancias, al crecimiento, a la posición de la empresa en el mercado, al bien común -incluso- a una función compleja de todos estos objetivos” (Hirschman, *ibídem*) (el “incluso” es nuestro).

Ahora bien, resulta estimulante para el psicólogo que se asoma al estudio de la conducta económica escuchar una declaración como la siguiente: “De hecho, al lado de un modelo tradicional de economía en perpetua tensión, se ven reaparecer los elementos de una economía *relâchée* (en relajación)”, dice Hirschman en el loc. cit., y se apresura a advertir que este calificativo no se refiere a la economía del paro y la depresión. El *relâchement* consiste en que las empresas tenderían *normalmente* a situar su tasa de provecho no en el nivel más elevado posible, sino solamente a un nivel “satisfactorio”, que es otra cosa. Luego nuestro autor recuerda la tesis de M.M. Postan, relativa a las dificultades económicas de Gran Bretaña (1968), las que se explicarían mejor si se buscan las razones en el *relâchement* de las unidades microeconómicas que en un error de decisión a nivel macroeconómico. La tesis desató ciertamente una polémica. Portan señalaba que las causas de un gran número de esas dificultades, sino de la mayor parte, “deben buscarse menos en una afección de

las funciones vitales del cuerpo económico... que en el desfallecimiento de ciertas células elementales: jefes de empresa, ingenieros, vendedores, sindicatos”².

Es interesante observar también que este cambio de óptica de lo “macro” a lo “micro”, supone un doble rescate: el “sujeto” y la “moral”, a veces descuidados por la visión macroeconómica, se ven súbitamente convocados a escena y a desempeñar papeles protagónicos. Algo similar ocurre en una obra, por lo demás de corte clásico, del economista inglés P.T. Bauer: *Dissent on Development*³. El autor se empeña insistentemente en recordar que no son los factores físicos -salvo la probable excepción del clima- ni los recursos de capital, los determinantes básicos del proceso económico, sino las *actitudes* y las *aptitudes* de la *gente* y las *instituciones* sociales y políticas. Bauer hace referencia al desarrollo entendido en su estricto sentido de progreso material. De nuevo, pues, en primer plano la “moral”, las personalidades y su marco institucional. Para este economista la ciencia económica no puede formular una teoría general del cambio material, es decir de un aspecto hoy central de la actividad económica. Por su lado, Hirschman nos hacía ver a los agentes económicos no dispuestos *en principio* a una moral de acción tendiente al máximo. Pues bien, Bauer indica como un error sistemático de la teoría del desarrollo aquella misma presuposición clásica de que, dados los elementos exteriores, los actores se pondrán a trabajar por el desarrollo -es decir- a buscar siempre más y lo mejor. Este supuesto, prevaletante en las teorías del desarrollo de los países subdesarrollados (la reiteración es intencional), no se da en la realidad. Ni los recursos físicos, ni de capital, harán que un grupo humano se desarrolle materialmente si la “moral” económica es baja, o simplemente distinta. El supuesto contrario sigue siendo quizá la principal causa de los fracasos y frustraciones en este campo. Lo determinante es la “moral” de los agentes, *que es una realidad psicosocial, ética e institucional compleja*.

Los agentes, pues, no parecen tender siempre a mejorar sus performances y no

sólo entre los no-desarrollados: Hirschman nos llama la atención sobre lo mismo en las economías llamadas dinámicas. La “moral” del actor no se puede presuponer como un parámetro: es una variable y de muy amplia dispersión, tanto en el espacio como en el tiempo. El fáustico *homo oeconomicus* no actúa siempre, y más bien parece que las menos de las veces, al máximo de sus potencialidades. La aserción no tendría nada de extraño de no haberse olvidado, u oscurecido, que el *homo* es muchas más cosas que *oeconomicus*. No deja de ser interesante, sin embargo, que sea la economía quien nos lo recuerde. Debemos agregar que aquella presuposición clásica pasó al marxismo, reinterpretada dialécticamente y poniendo el acento en el nivel estructural más que en el motivacional. Tanto Ricardo como Marx adoptaron el supuesto tal vez porque tenían frente a sí una sociedad cuyas prácticas parecían confirmarlo. Detengámonos un instante en la inflexión marxista, pero antes resumamos lo dicho de este modo: en el nivel motivacional lo que necesita ser explicado es, pues, más bien, la aparición sostenida de la tendencia a la maximización (del *need achievement* de McClelland), análogamente a que es el progreso material sostenido lo que necesita ser explicado más bien que el estancamiento. Dice Bauer sobre este último aspecto: son los islotes de progreso rápido y exponencial en medio de un océano de atraso relativo, lo que reclama una explicación, tal vez más que la inversa.

La inflexión marxista de la teoría clásica

Marx piensa que el capitalista tiene un interés permanente en aumentar su productividad, a causa de la estructura misma del mercado concurrencial. En efecto, la concurrencia impone ofertar a buen precio, es decir, a precios más convenientes que los de la competencia (supuesta igual la calidad, que es mucho suponer, pero éste es otro tema). Para poder hacerlo, el capitalista debe reinvertir ganancias mejorando su aparato productivo. El circuito se establece con el dilema de hierro de crecer o morir.

Pero he aquí que, comportándose así, el capitalista contribuye, aunque no quiera, a la baja de la tasa de provecho y no sólo a mejorar los precios, según lo veían entonces (también Ricardo). En efecto, a mayor producción más oferta en el mercado, en consecuencia menores precios y, por lo tanto, menos provecho. Como todos harán lo mismo, el sistema está condenado de antemano a la supresión progresiva de los beneficios y con ello al suicidio. Así de simple. Pero las cosas han sido, en realidad, más complejas; una de esas complicaciones ha sido producida por las transformaciones cuasi cualitativas operadas por la técnica. Pero no es esto lo que aquí importa discutir, sino mostrar que en el modelo se está suponiendo un patrón *fijo* de comportamiento que no ha resultado tal, el que los actores buscarían de modo permanente maximizar su acción económica, *cualquiera fuera la estructura concreta que las circunstancias impusieran a esa acción*. Volveremos sobre el tema; por ahora acotemos que en el modelo marxista la tendencia a la maximización se produce, como es bien sabido, por compulsión dialéctica, originada en la estructura en que se desarrolla necesariamente la acción de los agentes. A nosotros nos interesa retener aquí que, también en esta inflexión que la teoría clásica sufre en el modelo marxista, se prevé que los agentes aplicarán su mayor capacidad productiva, tendiendo a lo más y mejor. Lo harán, por cierto, tratando de compatibilizar múltiples factores, pero conservando, cualquiera fuere el resultado de este esfuerzo de compatibilización, aquella actitud básica de maximizar.

Ahora se ve mejor que es esto, justamente, lo que parece suceder menos veces más bien que más. Esta comprobación no descarta, por cierto, que, en algún momento, en algún punto, el sistema funcione aproximadamente como supone el modelo. Simplemente no es el único modo que tiene de funcionar, ni es *la causa ejemplar* hacia la cual tiende. Tampoco se descarta que, una vez dado aquel momento en aquel punto, el proceso se transforme en “sistema” y tienda a reproducirse dialécticamente. Pero ninguno de estos hechos, presuntos o efectivos, se revela como

necesario y ni siquiera como frecuente. Así parece tanto a la luz de la evidencia empírica como en el análisis de los principios.

El *relâchement*, ¿normalidad o excepción?

Hemos vuelto al tema que dio pie a todas estas reflexiones, el estado de *relâchement*. En efecto, podría pensarse todavía que la aparición de este estado no es sino un modo de excepción, un paréntesis en la normalidad, la cual sería en el estado de tensión o maximización. Tales paréntesis podrían interpretarse como una defensa del organismo atacado por alguna debilidad, enfermedad o amenaza. Se trataría, entonces, de remover el obstáculo para volver a la salud. En la coyuntura, algunos se inclinarán a pensar que es necesario un efecto de shock para “liberar” las energías reprimidas. Si se es marxista, mediante la revolución; si se es liberal dejando sin apoyatura a la relajación, es decir removiendo los sostenes ortopédicos, las subvenciones, el crédito subsidiado, etc., en una palabra desregulando el mercado. Pero también se podría analizar la situación a la luz de la hipótesis de que el *relâchement* existe por derecho propio, que no es un paréntesis, sino un estado normal, más aún, que es importante que sea así y que es omnipresente. Hirschman afirma que no solamente el *relâchement* existe en grados diversos, sino que en razón de una suerte de entropía propia de las sociedades humanas productoras de un excedente, él no cesa de generarse” (p. 20), y estima “que las empresas y las organizaciones están en perpetuo peligro de conocer el desfallecimiento y la declinación, es decir, de perder su carácter racional, su eficacia, su energía productora, incluso si ellas operan en el marco institucional mejor concebido del mundo”.

Es bien sintomática la expresión “sociedades humanas productoras de un excedente”. Si se recuerda lo que pensaba Marx, se captará mejor su sentido. En efecto, el mecanismo dialéctico de crecimiento permanente al que tiende el sistema según Marx, se apoya en la producción del exce-

dente que constantemente hace bajar los precios y el provecho. Hirschman sugiere aquí que el retraimiento relativo que supone el *relâchement* es una respuesta esperable al menos tanto como la maximización dialéctica.

Es el momento de hacer notar dos cosas: la interpretación de Hirschman puede dar lugar a previsiones tan pesimistas como las de Ricardo, Marx, o más cerca, Schumpeter. Hirschman, no obstante, señala que “este pesimismo radical” se ve inmediatamente compensado por la certeza de que, si bien las fuerzas de la decadencia están presentes por doquier y actuantes, no lo hacen al mismo tiempo en todos los puntos. Hirschman piensa que esta circunstancia hace posible “hacerle frente” y, más aún, que es ella misma (la decadencia) lo que despierta las fuerzas susceptibles de hacerle frente. Aquí viene la segunda observación: estas fuerzas positivas son reacciones no necesariamente intencionales en el pensamiento del autor. No pretende, pues, una superación voluntarista de la tradición económica clásica. Ésta comportaba un cierto determinismo, tanto al nivel motivacional como estructural, optimista en los principios y pesimista en los resultados postreros. Sin embargo en Hirschman, al plantearse el análisis en otro nivel, los “juegos de fuerza” parecen menos determinísticos.

De todas maneras, en cuanto a su determinación de no sugerir una interpretación voluntarista, oigamos esta declaración:

“Nosotros pretendemos, en cuanto a nosotros, que las fuerzas exteriores al mercado no son necesariamente menos « automáticas » que las fuerzas del mercado” (en itálicas en el original)⁴. Y a continuación el autor cita a Kenneth Arrow, en el mismo sentido: “Yo expongo acá la idea de que debido a que el mercado no logra conducir a la economía a su estado óptimo, la sociedad tomará conciencia, en cierta medida al menos, de ese estado de hecho y que las instituciones sociales extranjeras al mercado, surgirán en vistas de remediarlo... Un proceso tal no es, por lo demás, necesariamente consciente”⁵.

Determinismo y libertad

Oída la anterior declaración, irrumpe frontalmente un tema caro al teórico social, el de las sutiles relaciones -sutiles y variables- entre determinismo y libertad, autonomismo e intencionalidad, voluntad racional y fuerzas no racionales y, último pero no menos importante, estructura moral y no moral de la acción social. Es atendiendo a lo que sobre el problema nos ha sugerido un libro notable, también desde el punto de vista especulativo, que intentaremos una aproximación fenomenológica a él⁶.

Ante todo cabría despejar un persistente malentendido entre científicos y filósofos sociales. Para tranquilidad de estos últimos habría que decir que el tipo de análisis que los primeros hacen (algunos de ellos al menos) en el que se asumen las acciones sociales como “juego de fuerzas”, no se opone necesariamente a la existencia concomitante de acciones individuales libres, ni siquiera se asume que todos los juegos de fuerzas resultantes de acciones colectivas sean inintencionales y no conscientes. Se afirma, sí, que muchos no lo son... Pero no *necesariamente*, ni siempre. En otra parte y desde un punto de vista totalmente teórico hemos sostenido que las acciones y reacciones propiamente sociales comportan cierta *operatio totius*, que es de alguna manera diferente de la acción puramente individual -aunque la distinción no resulte de ninguna forma fácil de aplicar en concreto en el análisis de un fenómeno determinado⁷. Aquí trataremos, justamente, de avanzar en esta línea menos formal y más concreta.

La formación científica hace que el analista de esta procedencia no se sienta incómodo, muy al contrario, cuando se pretende establecer “leyes” de la acción social. La evidencia de la libertad hará extremadamente sospechoso este lenguaje al pensador formado en las llamadas “ciencias del espíritu”. Sin embargo, es también bastante evidente que, incluso, la acción individual no siempre goza del mismo grado de libertad y en ocasiones ésta se ve muy reducida sino anulada. Es difícil negar que hay acciones muy poco conscientes y voluntarias en los

individuos en sociedad. Necesitamos una vía no axiomática sino demostrativa que permita armonizar en cada caso particular la realidad de la libertad individual (y social) y los condicionamientos sociales (e individuales), un enfoque que no desconecte las interrelaciones de ambos niveles de la acción.

Una primera formulación bastante tosca podría ser: la acción social no puede explicarse sólo desde los individuos ni sólo desde las “estructuras”, sino *por la acción individual dentro de ciertas estructuras interactivas*. Inmediatamente habría que decir que estas estructuras interactivas son muy variadas -en buena parte debido, precisamente, a la libertad individual- y sus “leyes” no son generalizables, al menos de una manera que pretenda ir más allá de lo probabilístico (lo cual es ya una ley general, pero en un sentido distinto a los modelos de leyes “físicas” -las que parecen ahora ser también bastante probabilísticas...). En concreto: hay tendencias sociales más que leyes de la acción social, aunque a ciertos niveles de abstracción o de desconcreción se pueden hallar probabilidades altas. Y aquí vamos a detener esta consideración que se torna demasiado teórica para volver al análisis de situaciones de experiencia.

Definiciones estructurales de la acción social individual

Tal vez hoy estemos en condiciones de captar mejor las definiciones estructurales de situación impuestas a la acción social individual. Es decir de captar las alternativas efectivamente permitidas por las interrelaciones sociales.

El concepto de estructura social puede ser tomado en abstracto o en concreto. En concreto no son sino las interrelaciones de los actores; en abstracto, la *forma* que ellas asumen y que se puede conceptualizar con prescindencia, aunque sea imperfecta, de aquéllas y de los actores. Esta *forma* define el curso de la acción social de una manera que carece de la compulsión absoluta del instinto gregario, pero que ejerce un condicionamiento. Este se produce precisa-

mente porque el actor es racional y su acción no es ni puramente pulsiva ni puramente azarosa. Se encuadra en una “lógica”, que no tiene la soberana libertad de lo incondicionado.

En primer término, al actor lo condiciona la propia motivación, cuya fuerza pasional puede romper el marco de logicidad exigido a la acción. Por cierto, dejamos de lado las limitaciones propias del ente finito; aludimos a los condicionamientos positivamente tales. También la motivación está estimulada o inhibida por las definiciones impuestas por la interrelación social. Justamente fue el análisis de casos de acciones individuales inducidas por las estructuras interrelacionales (tal el suicidio, por dar un ejemplo clásico y prístino) lo que impuso su marca de origen a buena parte de la sociología contemporánea. Pareció, para seguir con el ejemplo, que había algún modo de dependencia de la tasa de suicidios respecto de ciertas circunstancias socioeconómicas. Durkheim, en otra de sus observaciones, mostró que el descontento social no sólo crece con la frustración económica en los períodos de crisis, sino con la prosperidad rápida. O sea, que la satisfacción no es una función siempre creciente de la cantidad de bienes adquiribles: pasado cierto máximo, se comprueba la reaparición del descontento social. Como dice Boudon en una notable reinterpretación del tema, “la relación entre felicidad y bienes tiene más bien la forma de una curva en U invertida: más acá y más allá de un *optimum*, la satisfacción decrece” (op. cit., p. 131). Lo importante de la reinterpretación de Boudon es que muestra que no se trata de una ley general, como creyó al principio Durkheim, sino que depende de las circunstancias (técnicamente de la forma que asuman en cada caso las interrelaciones sociales, es decir, no sólo de las variables relacionadas -satisfacción y bienes- sino de otras variables intervinientes/contextuales).

En síntesis, para no apartarnos de nuestro tema, el nivel motivacional de la acción (y no sólo la acción misma) es concebido como más o menos condicionado (o, *in extremis*, determinado) y el nivel estructural

como más o menos condicionante. Ciertamente este último resulta también modificable por cambios suscitados desde los individuos. En cuanto a lo que aquí interesa ha habido un progreso en el conocimiento de estos juegos interrelacionales: *una conclusión firme es que las explicaciones no son universalizables*.

En términos generales, pues, ni el voluntarismo ni el determinismo pueden dar cumplida cuenta de los procesos sociales. Por otra parte, y en concreto, los “modelos” explicativos no son tampoco universalizables, aun cuando se alejan de aquellos extremos teóricos. Al analizar lo que pasaba con la “moral” económica tuvimos ocasión de comprobarlo. Finalmente, en el margen de indeterminación es donde juega el cambio social e histórico, la variación imprevisible. Tal imprevisibilidad, demás está decirlo, no siempre es *per se*, sino a causa del desconocimiento de los factores intervinientes, o de un modelo apropiado que los conecte causalmente.

Análisis de experiencias

Para dar referencias concretas que faciliten la interpretación de lo que decimos vamos a recurrir a algunos ejemplos.

Marx proponía una interpretación del capitalismo en que la dependencia de la conducta individual respecto de las “estructuras” era extrema. Los actores estaban metidos en un marco de interacción tal que, hicieran lo que hicieran, o si no hacían nada *à plus forte raison*, terminaban por producir el resultado no querido, incluso en el caso de que fueran conscientes de lo que les pasaba. La explicación era atrayente pero no exhaustiva, por lo que, como instrumento de previsión, resultó poco apta. La previsión, lo sabemos, es el fin y el crisol de las leyes “científicas”. Pero suponemos que el “modelo” sea relativamente eficaz. La compulsión a que se ven sometidos los sujetos, de existir, es solamente *sub conditione*. En efecto, depende de que la motivación de “ser capitalistas” sea sistemática; si ella cediera, el sistema se desinflaría,

perdería presión. Así parece sugerirlo el fenómeno del *relâchement*. En segundo lugar, hay que saber hasta qué punto el *querer* ser capitalista (nivel motivacional) es inducido por la estructura y cuánto tiempo esta inducción es capaz de ser eficaz como para que el sistema se mantenga “a full” tal como se lo concibió. La burocratización creciente que Schumpeter percibía en el mundo capitalista lo hacía ser pesimista al respecto⁸.

Podemos avanzar otra conclusión: Los modelos explicativos que en cada caso intenten dar cuenta de lo que realmente está pasando en un fenómeno social, deben, pues, controlar los dos sistemas en juego (mutuo), el personal-motivacional y el estructural o interrelacional y, además, tratar de seguir sus relaciones en *el tiempo*.

Intentemos hacerlo a través del análisis de un caso muy simple. Nos servirá además para ver cómo es posible que la libertad individual se reduzca al mínimo, mucho al menos, y que el sistema global se vea bloqueado, automatizándose.

Vamos a proponer un caso presentado por Watzlawick⁹. Se trata de un conflicto matrimonial si se quiere banal. Supongamos que las tensiones matrimoniales tienden a provocar en el marido una actitud de retraimiento; en la mujer, al contrario, de protesta. Son, por lo demás, las dos alternativas básicas frente a cualquier conflicto¹⁰. Puede suceder que el marido haya generado esa preferencia por tal tipo de respuesta, a fin de alivianar la tensión derivada del conflicto cada vez que hace crisis; la mujer puede que también acostumbre a reaccionar como lo hace intentando inicialmente, cada vez, sacar al marido del retraimiento (avizorado, temido o producido), exigiéndole que lo haga, con lo que aumenta la tensión y así el retraimiento, y enseguida su propia rebeldía ante más retraimiento, etc. Cada uno podría decir con bastante verdad: Él: “me retraigo porque me reta”. Ella: “lo reto porque se retrae”. Como se puede uno imaginar, el sistema de interacción pudo ser funcional a cierto nivel, en algún momento, cuando él se retraía no más allá de lo tolerable para ella, y ella lo regañaba, no más allá de lo tolerable para él,

y esto -porque era funcional- duraba corto tiempo, es decir, servía para superar pasablemente el conflicto. Pero transformado en disfuncional y sistematizado -hecho hábito- puede llegar a los extremos tragicómicos que son dables observar en la vida real.

Podemos asumir que, en el nivel conciente por lo menos, el resultado deseado es evitar el conflicto, o salir de él una vez producido, pero si cada uno de los actores de nuestro pequeño drama insiste en su propia estrategia -retraimiento/protesta- el sistema está bloqueado, deja de funcionar racionalmente, es decir, con la adecuación conveniente de medios a fines. Puede que resulte funcional en algún otro nivel o según otro respecto, por ejemplo puede estar satisfaciendo la descarga de agresión subconsciente necesaria a la continuación de la vida *en pareja* (y aquí el término está bien empleado); los analistas podrán decir, si quieren, que tal vez se esté dando salida a un desentendimiento más profundo, no concientizado del todo y, menos aún, evidentemente, asumido. Así, el estado habitual de reyerta *expresa* evitaría la aparición del conflicto más grave, subconsciente. Pero este es otro tema y otro problema, el de la funcionalidad latente. Aquí lo que tenemos en estudio es la problemática de la libertad y el determinismo sociales. Convengamos, a este fin, que la situación de la pareja no suponga más implicaciones que las expresas. Aun así puede que la automatización del sistema interrelacional sea tan considerable que resulte necesaria una fuerza externa para romper el círculo vicioso. Es decir, que el grado de libertad efectiva de los actores haya disminuido al punto de hacer improbable una reforma de la estructura *desde dentro*. Aquí nos hallamos frente a dos niveles de análisis: el de la acción (inter-acción) y el motivacional. Al nivel de la acción el bloqueo es claro. Al nivel de la motivación puede suceder que el sistema o estructura generada inhiba o estimule el “querer” el bloqueo. Pero antes de seguir con esto, pasaremos a otro ejemplo, previa una breve recapitulación conceptual.

Se dan situaciones en que el sistema social parece engranarse, automatizándose;

situaciones de cierre o de bloqueo (es un tema de moda¹¹) en que se pierde la *funcionalidad propia*, o adecuada. El sistema aparece como recurrente en un sentido circular (no espiral) en virtud de una cierta inercia no atribuible a la acción individual exclusivamente, sino a la respuesta “obligada” o inducida fuertemente por el *engrama social* (la forma interrelacional o estructura).

Otro caso tomado de la psicología

Es interesante observar que en las relaciones de un sujeto consigo mismo pueden advertirse también, análogamente, los elementos esenciales de la situación descripta. Víctor Frankl ha llamado *intención paradójica*¹² al bloqueo del sistema de interacción, activado por el propio sujeto respecto de sí mismo, en el caso de la situación de angustia. En ella se genera un estado reduplicativo de “miedo al miedo” o “angustia de la angustia” que no hace más que afianzar el síntoma. Si tal estado está asociado a imágenes precisas, como en la obsesión, se desencadena una interminable lucha obsesiva contra la obsesión. Es el caso del insomnio por miedo a no poder dormir. El consejo terapéutico de Frankl es aceptar interiormente aquello que angustia, así se liberaría de la angustia recurrente (el mecanismo de retroalimentación quedaría anulado o disminuido). El miedo solo, puede ser soslayado, pero el miedo al miedo genera un mecanismo: una pieza sostiene la otra. Es un recurso al infinito, como en el sofisma del “tercer hombre”, que Aristóteles objetó a la dialéctica platónica de las Ideas. En resumen, instalado el proceso como un mecanismo automatizado, reverberante como en el juego de los espejos, la forma de desarmarlo no será sino saliendo fuera de él. Dentro, el sujeto está prisionero; hay un desmedro evidente de su libertad.

Los sistemas complejos

Marx, en el análisis de la conducta capitalista, imaginaba una situación en que la estructura hacía indiferente lo que se pro-

pusieran los actores. El efecto sería siempre el mismo: estaban sometidos a la ley de la tasa decreciente del provecho. Lo notable es que este “efecto perverso” no estimulara una modificación de la motivación básica. En efecto, el sistema suponía, para funcionar y durar, que quedaba incambiada la motivación originaria, es decir, el afán de lucro. Marx respondería que tal motivación no cambia porque es provocada por la estructura o sea por el sistema de propiedad privada. La inexorabilidad del mecanismo sólo sería superable eliminando la fuente de la motivación, la propiedad. La historia del capitalismo posterior muestra que el sistema ha evolucionado, a pesar de todo, y es muy variable según sean las condiciones de funcionamiento del derecho de propiedad, por una parte, y la presencia de motivaciones que no se reducen al afán de lucro. Tal es el atractivo de la obra -valores de realización-, el prestigio social, el poder, los valores cooperativos, el patriotismo, el bien común, etc. El simple esquema clásico se ve así complicado. Pero aún en ese supuesto simple, el propio sistema puede generar un mecanismo de *ralentissement*, producir un “ralentando” autorregulador a fin de evitar o paliar el “efecto perverso” señalado por Marx. El *relâchement* de Hirschman podría ser interpretado de ese modo. Es al menos una hipótesis digna de ser considerada, dado lo que se ve aparecer en otros sistemas, en los biológicos especialmente.

Sin embargo, cierto cambio axiológico en el nivel motivacional parece ser un prerequisite indispensable. Aun cuando el sistema no funcionara “a full”, como creyeron Marx y los clásicos, ciertos efectos persistirían (o serían recurrentes) si la axiología fundamental quedara invariada. La fuente *primigenia* de ese cambio -no hay otra anterior- son los individuos. Los *actos* de los individuos generan *interacciones* que pueden *sistematizarse* o no. Cambios motivacionales, de fuente social o privada, externa o interna al sistema de interacción considerado, deben objetivarse estructuralmente para permanecer, reforzados en un sistema de mutua estimulación (en el nivel de la estructura y en el nivel motivacional). En resumen: pare-

cen esenciales al análisis del fenómeno, hasta ahora, los siguientes elementos: los dos subsistemas citados, motivacional y estructural; sus relaciones y la intensidad de las mismas; por fin el continuo temporal en el que engarzan.

Hay otros casos de efectos sociales no buscados por los actores que plantean el problema de la libertad desde un ángulo diferente al del caso anterior. El de la inflación, producida por la concurrencia de conductas que buscan precaverse de los efectos, precisamente de la inflación, no logrando sino afianzar el proceso, es uno, aunque su estructura no difiere esencialmente del planteado por Marx respecto de la conducta capitalista. De todos modos, lo importante es avanzar en el análisis de la estructura del fenómeno y no tanto en lograr clasificarle en sus variantes. En este sentido es seguramente Raymond Boudon quien ha contribuido de una manera más penetrante y clara a la tarea en la obra citada *Effets pervers* y en la *Logique du Social*¹³. El mismo nos remite allí a otros autores, tales Olson, Crozier, Bhaduri, Peaucelle, etc. Boudon ha mostrado cómo de la búsqueda de la igualdad social puede seguirse la desigualdad y, en general, cómo ciertos males sociales pueden no deberse a nadie y no aprovechar a nadie y, sin embargo, producirse, haciendo aparecer a los actores enredados en las mallas de sus propias interacciones, demasiado maquinales y poco concientes.

Los entrelazamientos que pueden aducirse en este sentido cubren la gama de lo psicológico a lo político, pasando obviamente por lo económico. De la carrera armamentista al más modesto gobierno de los pequeños grupos, los políticos saben bien qué poco optimistas permite ser la realidad humana cuando pareciera que, hágase lo que se haga, el resultado se presenta sistemáticamente conflictivo. En ocasiones, frente al descontento popular, si se cede a reformas se provoca un efecto en cadena de más exigencias y agravación del descontento, y si no se cede, se corre el riesgo de tensiones excesivas. La clásica “ley” de Tocqueville se refiere, como hemos recordado ya, a la paradoja de que la mejora en la situación del

conjunto de la población puede aumentar el descontento general (Boudon, *Effets...*, p. 134). Tocqueville observó que el período inmediatamente anterior a la Revolución Francesa fue de gran prosperidad¹⁴. Las explicaciones del fenómeno son varias, aquí lo que nos interesa es la existencia de un influjo no sólo “lógico”, sino paradójico de la situación social sobre los sentimientos y, por ende, es de suponer, sobre las conductas de los individuos. Lo que Boudon ha venido a agregar a las explicaciones posibles y plausibles es que esa frustración paradójica es, al menos en ciertas situaciones, el producto *natural* de las estructuras de interacción en las que se hallan los individuos (dicho de otro modo, el producto *lógico* de la situación profunda). Estructuras de competición que incitan, dice nuestro autor, a un número más o menos grande de individuos a comprometerse en una carrera en la que algunos (más o menos según los casos) *necesariamente* van a salir perdedores. La tasa de frustración relativa dependerá de la proporción de estos individuos y ella a causa de la estructura misma de la competición, cuya modificación no está al alcance de los individuos (en un momento dado al menos). El individuo puede abstenerse de competir, en efecto; tiene esa libertad negativa. Pero he aquí que las presiones sociales (las valoraciones *vigentes*) son muy fuertes en la dirección de que *hay* que competir, que es infamante no hacerlo, etc. Y, recuérdese, tal presión se ejerce a través del cónyuge, los hijos y amigos, los vecinos... Resta, por cierto, también la posibilidad más o menos remota de intentar cambiar las reglas de juego. A veces los individuos lo procuran, y lo logran. Lo que seguirá siendo inseguro es si el efecto será positivo. Boudon ha mostrado, asimismo, cómo la búsqueda de la igualdad social puede desembocar en desigualdades no previstas, según ya dijimos.

Como se ve, y según la expresión de este mismo autor, “*la logique de l'action collective*” es diferente (al menos en cierto nivel) de “*la logique de l'action individuelle*”. Condicionamiento y libertad constituyen variables situacionales que se refieren, la primera a las interrelaciones sociales o de la estructu-

ra, y la segunda a los individuos. No son totalmente independientes. Los individuos pueden recuperar su libertad (relativa) y hacer cambiar las estructuras, pero éstas pueden no dejarles otra chance que someterse o sustraerse, a costa de pérdida de vida social. Y aquí es donde pueden faltar “las ganas” de hacerlo. Con lo que tocamos el misterio del querer y de lo que “hace querer”. Como en el caso de la “moral” económica que desencadenó estas reflexiones (que nos han llevado tan lejos, y no obstante a lo mismo), el querer no es una constante y sus motivaciones siguen siendo muchas veces oscuras.

Pero lo que tampoco podemos dejar de reconocer, a modo de epílogo, es que las ciencias psico-sociales han contribuido a esclarecerlas en su concreta dinámica. Lo que pareció agotarse como explicación en Durkheim, Tocqueville o Marx, hoy parece poco, no por simple superación mediante el expediente del reemplazo de explicaciones, sino por un esfuerzo acumulativo y sistemático de reelaboración, que va ampliando las zonas iluminadas, no sin que alguna vuelva, tal vez, momentáneamente, a oscurecerse. En este sentido el ejemplo de Raymond Boudon es digno de encomio. Si partiendo de él -y de otros- debiéramos optar por una teoría del progreso científico, nos adheriríamos al discreto realismo que trahuntaba.

¹ Hirschman, A. O., *Face au déclin des entreprises et des institutions*, Paris, Les Editions Ouvrières, 1972, p. 16, traducción de Exit, Voice and Loyalty, Responses to Decline in Firms, Organizations and States, Harvard University Press, 1970.

² Postan, M. M., “A Plague of Economists?”, *Encounter*, enero 1968, p. 44, citado por Hirschman.

³ London, Weindenfeld and Nicholson, 1971, 1976, (hemos utilizado esta última versión).

⁴ «Nous prétendons, quant à nous, que les forces extérieures au marché ne sont pas nécessairement moins “automatiques” que les forces du marché.» *Stratégie du développement économique*, Les éditions ouvrières, Paris, 1974, p. 81.

⁵ “J’avance ici l’idée que lorsque le marché ne parvient pas à ramener l’économie à son état optimal la société prendra conscience, dans une certaine

mesure du moins, de cet état de fait et que des institutions sociales étrangères au marché surgiront en vue d'y remédier ...Un tel processus n'est d'ailleurs pas nécessairement conscient ", "Uncertainty and the Welfare Economics of Medical Care", *American Economic Review*, 53, p. 947, déc. 1963.

⁶ Boudon, R., *Effets pervers et ordre social*, Paris, Presses Universitaires, 1977.

⁷ Pithod, A., "Sociedad, Cultura y Personalidad como objetos reales y sistemas de acción", *ETHOS*, n 2/3, 1975, p. 127-145.

⁸ *Capitalisme, socialisme et démocratie*, Paris, Payot, 1979, cf. Surtout l'Annexe "Ultima verba" *La marche au socialisme* (le soir qui précéda sa mort -nos dice el traductor francés M. G. Fain- Schumpeter était en train de mettre ses notes en forme pour publication, 8 de febrero de 1950); se trata, pues, de sus últimas impresiones.

⁹ *Teoría de la comunicación humana*, Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1971.

¹⁰ Albert O. Hirschman, en referencia a sistemas sociales más complejos, ha sistematizado el tema en "Exit, Voice and Loyalty, Responses to Decline in Firms, Organization and States", op. cit.

¹¹ Crozier ha desarrollado el tema en un sentido discutible pero sugerente en *La sociedad bloqueada*, Buenos Aires, Amorrortu, 1973.

¹² *Teoría y terapia de las neurosis*, Madrid, Gredos.

¹³ Paris, Hachete, 1979.

¹⁴ No coincide en esta opinión la Dra. María Estela Lépori. Obviamente la visión que hoy se tiene del tema es más completa que la que puede tener Tocqueville, un contemporáneo.